

dales sobre las distintas maneras en que se usa la expresión «palabra de Dios». Se ha hablado justamente de una sinfonía de la Palabra, de una única Palabra que se expresa de diversos modos: «un canto a varias voces»¹⁷. A este propósito, los Padres sinodales han hablado de un uso analógico del lenguaje humano en relación a la palabra de Dios. En efecto, esta expresión, aunque por una parte se refiere a la comunicación que Dios hace de sí mismo, por otra asume significados diferentes que han de ser tratados con atención y puestos en relación entre ellos, bien sea desde el punto de vista de la reflexión teológica como del uso pastoral. Como muestra de modo claro el *Prólogo de Juan*, el *Logos* indica originariamente el Verbo eterno, es decir, el Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial a él: *la Palabra estaba junto a Dios, la Palabra era Dios*. Pero esta misma Palabra, afirma san Juan, se «hizo carne» (Jn 1, 14); por tanto, Jesucristo, nacido de María Virgen, es realmente el Verbo de Dios que se hizo consustancial a nosotros. Así pues, la expresión «palabra de Dios» se refiere aquí a la persona de Jesucristo, Hijo eterno del Padre, hecho hombre.

Por otra parte, si bien es cierto que en el centro de la revelación divina está el evento de Cristo, hay que reconocer también que la misma creación el *liber naturae*, forma parte esencialmente de esta sinfonía a varias voces en que se expresa el único Verbo. De modo semejante, confesamos que Dios ha comunicado su

¹⁷ *Instrumentum laboris*, 9.

Palabra en la historia de la salvación, ha dejado oír su voz; con la potencia de su Espíritu, «habló por los profetas»¹⁸. La Palabra divina, por tanto, se expresa a lo largo de toda la historia de la salvación y llega a su plenitud en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del hijo de Dios. Además, la palabra predicada por los Apóstoles, obedeciendo al mandato de Jesús resucitado: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16, 15), es palabra de Dios. Por tanto, la palabra de Dios se transmite en la tradición viva de la Iglesia. La Sagrada Escritura, el Antiguo y el Nuevo Testamento, es la palabra de Dios atestiguada y divinamente inspirada. Todo esto nos ayuda a entender por qué en la Iglesia se venera tanto la Sagrada Escritura, aunque la fe cristiana no es una «religión del Libro», el cristianismo es la «religión de la palabra de Dios», no de «una palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y vivo»¹⁹. Por consiguiente, la Escritura ha de ser proclamada, escuchada, leída, acogida y vivida como palabra de Dios en el seno de la tradición apostólica, de la que no se puede separar²⁰.

Como afirmaron los Padres sinodales, debemos ser conscientes de que nos encontramos realmente ante un uso analógico de la expresión «palabra de Dios». Es necesario, por tanto, educar a los fieles para que capten mejor

¹⁸ *Credo Niceno-Constantinopolitano*: DS 150.

¹⁹ SAN BERNARDO, *Homilia super missus est*, 4, 11: PL 183, 86 B.

²⁰ Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum* sobre la divina revelación, 10.

sus diversos significados y comprendan su sentido unitario. Es preciso también que, desde el punto de vista teológico, se profundice en la articulación de los diferentes significados de esta expresión, para que resplandezca mejor la unidad del plan divino y el puesto central que ocupa en él la persona de Cristo²¹.

Dimensión cósmica de la Palabra

8. Conscientes del significado fundamental de la palabra de Dios en relación con el Verbo eterno de Dios hecho carne, único salvador y mediador entre Dios y el hombre²², y en la escucha de esta Palabra, la revelación bíblica nos lleva a reconocer que ella es el fundamento de toda la realidad. El Prólogo de san Juan afirma con relación al Logos divino, que «por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho» (Jn 1, 3); en la Carta a los colosenses se afirma también que es Cristo, «primogénito de toda criatura» (1, 15) y «todo fue creado por él y para él» (1, 16). Y el autor de la Carta a los hebreos recuerda que «por la fe sabemos que la palabra de Dios configuró el universo, de manera que lo que está a la vista no proviene de nada visible» (11, 3).

Este anuncio es para nosotros una palabra liberadora. En efecto, las afirmaciones escriturís-

²¹ Cf. *Propositio* 3.

²² Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Decl. *Dominus Iesus*, sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia (6 agosto 2000), 13-15: *AAS* 92 (2000), 754-756.

Dejante hablar por Dios en la naturaleza.

ticas señalan que todo lo que existe no es fruto del azar irracional, sino que ha sido querido por Dios, está en sus planes, en cuyo centro está la invitación a participar en la vida divina en Cristo. La creación nace del Logos y lleva la marca imborrable de la razón creadora que ordena y guía. Los Salmos cantan esta gozosa certeza: «La palabra del Señor hizo el cielo; el aliento de su boca, sus ejércitos» (Sal 33, 6); y de nuevo: «Él lo dijo, y existió, él lo mandó, y surgió» (Sal 33, 9). Toda realidad expresa este misterio: «El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregonará la obra de sus manos» (Sal 19, 2). Por eso, la misma Sagrada Escritura nos invita a conocer al Creador observando la creación (cf. Sab 13, 5; Rom 1, 19-20). La tradición del pensamiento cristiano supo profundizar en este elemento clave de la sinfonía de la Palabra cuando, por ejemplo, san Buenaventura, junto con la gran tradición de los Padres griegos, ve en el *Logos* todas las posibilidades de la creación²³, y dice que «toda criatura es palabra de Dios, en cuanto que proclama a Dios»²⁴. La Constitución dogmática *Dei Verbum* había sintetizado esto declarando que «Dios, creando y conservando el universo por su Palabra (cf. Jn 1, 3), ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí mismo»²⁵.

²³ Cf. *In Hexaemeron*, 20, 5: Opera Omnia, V, Quaracchi 1891, p. 425-426; *Breviloquium*, 1, 8: Opera Omnia, V, Quaracchi 1891, p. 216-217.

²⁴ *Itinerarium mentis in Deum*, 2, 12: Opera Omnia, V, Quaracchi 1891, p. 302-303; *Commentarius in librum Ecclesiastes*, Cap. 1, vers. 11, *Quaestiones*, 2, 3: Opera Omnia, VI, Quaracchi 1891, p. 16.

²⁵ CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre

La ley natural.

La creación del hombre

9. La realidad, por tanto, nace de la Palabra como creatura Verbi, y todo está llamado a servirla. La creación es el lugar donde se desarrolla la historia de amor entre Dios y su criatura; por tanto, la salvación del hombre es el motivo de todo. La contemplación del cosmos desde la perspectiva de la historia de la salvación nos lleva a descubrir la posición única y singular que ocupa el hombre en la creación: «Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó» (Gn 1,27). Esto nos permite reconocer plenamente los dones preciosos recibidos del Creador: el valor del propio cuerpo, el don de la razón, la libertad y la conciencia. En todo esto encontramos también lo que la tradición filosófica llama «ley natural»²⁶. En efecto, «todo ser humano que llega al uso de razón y a la responsabilidad experimenta una llamada interior a hacer el bien»²⁷ y, por tanto, a evitar el mal. Como recuerda santo Tomás de Aquino, los demás preceptos de la ley natural se fundan sobre este principio²⁸. La escucha de la palabra de Dios nos lleva sobre todo a valorar la exigencia de vivir de acuerdo con esta ley «escrita en el

la divina revelación, 3; cf. CONC. ECUM. VAT. I, Const. dogm. *Dei Filius*, sobre la fe católica, cap. 2, De revelatione: DS 3004.

26 Cf. *Propositio* 13.

27 COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *En busca de una ética universal: nueva mirada sobre la ley natural* (2009), 39.

28 Cf. *Summa Theologiae*, I-II, q. 94, a. 2.

Educar en la dignidad de b cuerpos.

corazón» (cf. Rom 2, 15; 7, 23)²⁹. A continuación, Jesucristo dio a los hombres la Ley nueva, la Ley del Evangelio, que asume y realiza de modo eminente la ley natural, liberándonos de la ley del pecado, responsable de aquello que dice san Pablo: «el deseo de hacer el bien está a mi alcance, pero no el realizarlo» (Rom 7, 18), y da a los hombres, mediante la gracia, la participación a la vida divina y la capacidad de superar el egoísmo³⁰.

Realismo de la Palabra

10. Quien conoce la Palabra divina conoce también plenamente el sentido de cada criatura. En efecto, si todas las cosas «se mantienen» en aquel que es «anterior a todo» (Col 1, 17), quien construye la propia vida sobre su Palabra edifica verdaderamente de manera sólida y duradera. La palabra de Dios nos impulsa a cambiar nuestro concepto de realismo: realista es quien reconoce en el verbo de Dios el fundamento de todo³¹. De esto tenemos especial necesidad en nuestros días, en los que muchas cosas en las que se confía para construir la vida, en las que se siente la tentación de poner la propia esperanza, se demuestran efímeras. Antes o después, el tener, el placer y el poder

29 Cf. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *Biblia y moral. Raíces bíblicas del obrar cristiano* (11 de mayo 2008), nn. 13. 32. 109.

30 Cf. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *En busca de una ética universal: nueva mirada sobre la ley natural*, 102.

31 Cf. *Homilía durante la Hora Tercia de la primera Congregación general del Sínodo de los Obispos* (6 de octubre 2008): AAS 100 (2008), 758-761.

se manifiestan incapaces de colmar las aspiraciones más profundas del corazón humano. En efecto, necesita construir su propia vida sobre cimientos sólidos, que permanezcan incluso cuando las certezas humanas se debilitan. En realidad, puesto que «tu palabra, Señor, es eterna, más estable que el cielo» y la fidelidad del Señor dura «de generación en generación» (Sal 119, 89-90), quien construye sobre esta palabra edifica la casa de la propia vida sobre roca (cf. Mt 7, 24). Que nuestro corazón diga cada día a Dios: «Tú eres mi refugio y mi escudo, yo espero en tu palabra» (Sal 119, 114) y, como san Pedro, actuemos cada día confiando en el señor Jesús: «Por tu palabra, echaré las redes» (Lc 5, 5).

x *Cristología de la Palabra*

11. La consideración de la realidad como obra de la santísima Trinidad a través del verbo divino, nos permite comprender las palabras del autor de la *Carta a los hebreos*: «En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo» (cf. 1, 1-2). Es muy hermoso ver cómo todo el Antiguo Testamento se nos presenta ya como la historia donde Dios comunica su Palabra. En efecto, «hizo primero una alianza con Abraham (cf. Gn 15, 18); después, por medio de Moisés

no se es x'tiano x 1 decis. ética
o p. adhes a 1 idea

(cf. Ex 24, 8), la hizo con el pueblo de Israel y así, se fue revelando a su pueblo, con obras y palabras, como Dios vivo y verdadero. De este modo, Israel fue experimentando la manera de obrar de Dios con los hombres, la fue comprendiendo cada vez mejor al hablar Dios por medio de los profetas, y fue difundiendo este conocimiento entre las naciones (cf. Sal 21, 28-29; 95, 1-3; Is 2, 1-4; Jr 3, 17)»³².

Esta condescendencia de Dios se cumple de manera insuperable con la encarnación del Verbo. La Palabra eterna, que se expresa en la creación y se comunica en la historia de la salvación, en Cristo se ha convertido en un hombre «nacido de una mujer» (Gál 4, 4). La Palabra aquí no se expresa principalmente mediante un discurso, con conceptos o normas. Aquí nos encontramos ante la persona misma de Jesús. Su historia única y singular es la palabra definitiva que Dios dice a la humanidad. Así se entiende por qué «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»³³. La renovación de este encuentro y de su comprensión produce en el corazón de los creyentes una reacción de asombro ante una iniciativa divina que el hombre, con su propia capacidad racional y

32 CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 14.

33 Carta enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 1: AAS 98 (2006), 217-218.

su imaginación, nunca habría podido inventar. Se trata de una novedad inaudita y humanamente inconcebible: «Y la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14a). Esta expresión no se refiere a una figura retórica sino a una experiencia viva. La narra san Juan, testigo ocular: «Y nosotros hemos visto su gloria; la gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14b). La fe apostólica testifica que la Palabra eterna se hizo Uno de nosotros. La *Palabra divina* se expresa verdaderamente con *palabras humanas*.

✠ 12. La tradición patrística y medieval, al contemplar esta «Cristología de la Palabra», ha utilizado una expresión sugestiva: *el Verbo se ha abreviado*³⁴: «Los Padres de la Iglesia, en su traducción griega del Antiguo Testamento, usaron unas palabras del profeta Isaías que también cita Pablo para mostrar cómo los nuevos caminos de Dios fueron preanunciados ya en el Antiguo Testamento. Allí se leía: «Dios ha cumplido su palabra y la ha abreviado» (Is 10, 23; Rom 9, 28)... El Hijo mismo es la Palabra, el *Logos*; la Palabra eterna se ha hecho pequeña, tan pequeña como para estar en un pesebre. Se ha hecho niño para que la Palabra esté a nuestro alcance»³⁵. Ahora, la Palabra no solo se puede oír, no solo tiene una

voz, sino que tiene un rostro que podemos ver: Jesús de Nazaret³⁶.

Siguiendo la narración de los Evangelios, vemos cómo la misma humanidad de Jesús se manifiesta con toda su singularidad precisamente en relación con la palabra de Dios. Él, en efecto, en su perfecta humanidad, realiza la voluntad del Padre en cada momento; Jesús escucha su voz y la obedece con todo su ser; él conoce al Padre y cumple su palabra (cf. Jn 8, 55); nos cuenta las cosas del Padre (cf. Jn 12, 50); «les he comunicado las palabras que tú me diste» (Jn 17, 8). Por tanto, Jesús se manifiesta como el Logos divino que se da a nosotros, pero también como el nuevo Adán, el hombre verdadero, que cumple en cada momento no su propia voluntad sino la del Padre. El «iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (Lc 2, 52). De modo perfecto escucha, cumple en sí mismo y nos comunica la Palabra divina (cf. Lc 5, 1).

La misión de Jesús se cumple finalmente en el misterio pascual: aquí nos encontramos ante el «Mensaje de la cruz» (1 Cor 1, 18). El Verbo enmudece, se hace silencio mortal, porque se ha «dicho» hasta quedar sin palabras, al haber hablado todo lo que tenía que comunicar, sin guardarse nada para sí. Los Padres de la Iglesia, contemplando este misterio, ponen de modo sugestivo en labios de la Madre de Dios estas palabras: «La palabra del Padre, que ha creado todas las criaturas que hablan, se ha quedado sin palabra; están

34 «Ho Logos pachynetai (o brachynetai)»: cf. ORÍGENES, *Peri archon*, 1, 2, 8: SC 252, 127-129.

35 *Homilía durante la misa de Nochebuena* (24 diciembre 2006): AAS 99 (2007), 12.

36 Cf. *Mensaje final*.